

MONSEÑOR GUSTAVO J. FRANCESCHI, EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

por el Académico DR. PRESBITERO CARLOS CUCCHETTI

Tarea ardua y difícil, si posible, es la de esbozar la personalidad relevante de ese valor humano y religioso cuya semblanza física, cultural y temperamental trasciende los límites de un artículo periodístico. Séame lícito diseñarlo, sin caer en el mal gusto de un panegírico.

SU FIGURA

Nace en París el 28 de julio de 1881, de madre holandesa, protestante convertida al catolicismo, y de padre de origen corso. De ellos se desprenden con realismo sus rasgos físicos y temperamentales. Altos los hombros. La cabeza erguida en actitud de águila que remontara el vuelo. Frente de Pablo ante la luz de Palas. Labios y cejas de un clásico Sileno. Temperamentalmente imprevisible en sus proyecciones, contraste característico de los hombres de gran talento. Sus ideas, como veloces peces, predecían la nerviosa madeja de sus redes. Reconocía que en algunas páginas de sus escritos su energía rayaba en la violencia. Pero se aplicaba el verso de Boileau "nunca hiel alguna ha envenenado mi pluma".

SU GENIO

La fe estaba en su alma. La cultura en su inteligencia. La Iglesia Católica en su conciencia. La libertad en sus convicciones. El coraje en su carácter y la hidalguía en su origen. Ante la cobardía de quienes el peso de las cadenas oficiales extinguía hasta el deseo de sacudirlas, solía apostrofar: "Los hombres deben tener ideas, pero es indispensable que las ideas tengan hombres". Y agregaba: "Hay cadenas incorpóreas, no por ello menos ominosas y pesadas, tal vez más, como que son grillos que aherrojan las conciencias". Para Franceschi todas las casas de gobierno tenían algo del Pretorio de Poncio Pilato. Cuidó de no levantar tronos a ciertos principios para no verse luego forzado a levantar cadalsos a las legítimas consecuencias. Así luchó con igual pasión contra la teoría idolátrica del Estado como con la del Hombre.

Desde sus años de estudiante en el seminario, le preocuparon los estudios sociales. Previó lo que él llamaba "la angustia contemporánea" en la que iba a precipitarse el país. Aprendió a fijar su inteligencia en lo sustancial de cada problema. No era un utópico religioso que soñara con convertir en un altar puro e inmaculado al mundo moderno. "En la bolsa de Judas todos hemos puesto nuestra cuota para comprar a la Víctima". Síntesis del neotomismo de Mercier, su prosa mezcla de Veuillot y apologética de Lacordaire o Montalembert, era un apóstol de los asalariados a lo Ozanán. Asomaba con frecuencia el profeta social a lo Helló, Brumetièrre o Berdaieff.

EL ACADÉMICO Y EL PERIODISTA

Académico de número de la Academia de Letras y periodista en su revista "Criterio", su marcada influencia francesa, no le hizo perder el señorío castellano a lo Menéndez y Pelayo. Su estilo literario lo redujo con fines didácticos a una estricta función de medio y no de fin en sí mismo. Su temperamento lírico lo forzaba a "escribir hablando". No se puede separar la obra de su autor. A los 26 años escribe su obra maestra literaria: *El espiritualismo*

de la literatura francesa contemporánea, uno de los más sazonados frutos de sus estudios y que constituye una verdadera filosofía literaria lejos de ese cómodo eclecticismo al que están propensos los críticos literarios. Sus obras y artículos merecieron en su tiempo los comentarios de sus contemporáneos, entre ellos, los de Arturo Capdevila, Osvaldo Loudet, Ángel León Pagano, Octavio Amadeo, Sotomayor, Rafael Alberto Arrieta, José Oría, y otros del país y del extranjero

EL ORADOR

Arquitecto del verbo humano y recio, su voz conmovía a los fieles de la catedral como a los ciudadanos en las plazas públicas o a los veraneantes en la *Brístol* de Mar del Plata. Su coronación de orador sagrado tuvo como escenario la plaza de Mayo en la noche con caminos de sol del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 ante la presencia del entonces cardenal Pacelli, luego Pío XII. Para su prédica, el Evangelio no era una evasión sino una invasión de amor y justicia. Exponía motivos de credibilidad sin dejar de lado glosas exegéticas y comentarios pontificios.

Estaba convencido de la influencia de las mentes oscuras y de los graves errores filosóficos sobre la rebelión de las masas. Las viejas generaciones, comentaba, "se sentían apenadas por la sangre del justo Abel. Las actuales se inclinan secreta o abiertamente hacia el criminal Caín".

Luchaba a su saber y entender sin eludir responsabilidades, aunque sus actos fueran discutidos o incomprendidos aun por sus jerarquías eclesiásticas. Su salud mental y su sana ortodoxia religiosa como su humanismo realista lo mantuvieron alejado de las quimeras de un falso idealismo o de la cobarde sumisión a las torpezas de un crudo materialismo. Para él la humanidad no era simplemente una realidad, sino una tarea heroica. La adulación y el miedo le inspiraban repugnancia.

EL POLEMISTA

Su audacia al filo de la navaja enfrentó a problemas sociales, políticos y religiosos. Su lenguaje directo, sin misticismos ni vaguedades irónicas, combatió el derrumbe mental que vive la paradoja del hombre contra lo humano. Proclamar la fe era para él buscar la justicia. Predicar la justicia, una exigencia de la religión. La injusticia social, un ateísmo práctico. “No se puede hablar solamente —escribía— de los derechos contra la injusticia, si no se predica al mismo tiempo sobre los deberes para con la justicia”. Para ésa, su lucha constante con la pluma, la palabra y la acción fueron necesarias no sólo ciertas energías espirituales y morales, sino además la conjunción feliz de profundas cualidades humanas. Para explicar sus polémicas felices o tristes habría que recurrir a su temperamento, fruto de esa versatilidad mediterránea, pero siempre consecuencias sinceras de sus profundas convicciones.

Con sus virtudes y defectos, con sus luces y sus sombras, fue monseñor Gustavo J. Franceschi un gran valor humano y una personalidad inconfundible de la Iglesia argentina. Como lava de un volcán fecundizó vides de doctrina y cultura. Con alma y vida amó y defendió al “viejo timonel que cambia el nombre en la historia, pero que es siempre el mismo: Pedro, el Vicario de Cristo en la Tierra”.

Sus relámpagos de luz iluminaron el Sinaí de la Ley, el monte de las Bienaventuranzas o el camino del Calvario.

Polemista, como el sándalo, perfumó el hacha de sus leñadores.